



"La Nación" Buenos Aires
26 junio, 1921 7-105

D. Bartolomé Mitre, español

Por MIGUEL DE UNAMUNO

D. Completo, tomo VIII

LA figura del general Mitre desde el punto de vista de España? Ni el que estas líneas traza podía dar una impresión—que no juicio—de la obra cultural de D. Bartolomé Mitre y Martínez sino contemplándola desde un punto de vista español. Quisiéralo o no, a sabiendas o sin saberlo. Que como Mitre mismo apenas si ha salido de tierra en que se piense, y, por lo tanto, se sienta, en lengua española. Pero esta impresión—no juicio, repetimos,—sobre el espíritu de la labor histórica del gran republicano argentino se va a trazar desde la Nación española y no desde el Reino de España y tampoco por un súbdito de éste, sino por un español. Y a buen entendido basta.

No tenemos por qué hablar de la política de Mitre, que no tuvo en lo internacional que rozarse con lo de España. Pero por simbólico sincronismo histórico y espiritual Mitre dejaba la Presidencia de la República de su patria en vísperas de la revolución de septiembre de 1868, la que echó del trono de España a la hija del rey, en cuyo tiempo se cumplió la emancipación de la América española y a quien tan justamente juzgó Mitre. Y si con alguno de nuestros hombres representativos, sus contemporáneos, hubiéramos de compararle, sería con nuestro gran tribuno D. Emilio Castelar, historiador como él aunque no soldado también.

Ni de sus relaciones literarias con España podemos decir mucho. Tenía ya 68 años, en 1889, cuando "La Ilustración Artística" de Barcelona se lamentaba de lo poco que aquí se le conocía, en gran parte por no haber visitado esta tierra de sus abuelos, y un año después le nombraba correspondiente la Real Academia Española de la Lengua. Lo de siempre.

Ni hemos de traer a cuento sus juicios sobre España y los españoles, que en espíritu tan ponderado, ecuaníme y sereno habrían de ser siempre discretos y nobles y justicieros. Ciertamente que no pudo esquivarse a ciertos tópicos más de expresión que de concepto, como aquel de llamar a España alguna vez "madrastra", pero véase cómo lo hace: "Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria", etc. ("Historia de San Martín", cap. II, 11).

Su enjuiciamiento y sentencia de

la obra de la emancipación sudamericana, tal como aparece en sus obras, y singularmente en su "Historia de San Martín"—a la que van a referirse las citas subsiguientes,—son una sentencia y enjuiciamiento genuinamente españoles, de lo más hondo del sentimiento popular, y liberal español. Véase: "La España, que en verdad concedió a la América todo lo que ella tenía y dió a sus colonos, por efecto de la lejanía tal vez, más libertad y más franquicias municipales que las que gozaban sus propios hijos en su territorio, jamás adoptó ni pensó adoptar una política que refundiese a las colonias en la comunidad nacional, y precisamente porque tenía un Gobierno absoluto no podía hacerlo aun cuando lo hubiese querido o hubiese sido capaz de pensarlo" (cap. I, 11). Pasaje capitalísimo. Porque muerto por suerte fatídica el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, la obra de la conquista y colonización de América fué, más que del pueblo español, de dinastas de espíritu extranjero, Habsburgos primero, Borbones después y reyes absolutos siempre.

Fueron las guerras de las independencias americanas verdaderas guerras civiles y parte de nuestra guerra aquí de la independencia, de la revolución española contra la abyección de su soberano. Y esto lo reconoció como el que más, y con más clara visión, Mitre, Y podríamos multiplicar los textos del gran historiador político en que éste reconoce tal verdad. Que él vió bien claro que la metrópoli fué, tanto como sus colonias, víctima del sistema de la monarquía absoluta, y él supo hacer justicia al generoso cuanto infortunado liberalismo español, culpado aquí siempre, hasta en 1898, de filibusterismo.

Mitre supo ver la influencia que, por repercusión, ejerció la emancipación sudamericana en el espíritu liberal y democrático de España, y hay una gran verdad en aquellas sus palabras de que "el divorcio entre las colonias y la madre patria se efectuó en el momento crítico, en que el abrazo que las unía las sofocaba recíprocamente, y separándose se salvaron" (I, 13). En el párrafo 10. del cap. XXIV se lee un juicio sereno y hondo sobre la España liberal, la que sintió que "la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y con la igualdad de los





ciudadanos en la vida política", y en ese mismo párrafo se juzga a la verdadera española la obra del coronel D. Rafael del Riego, el que en su grito del 1.º de enero de 1820 en Cabezas de San Juan abrió "la era de la libertad para su patria a la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli".

Para Mitre, a leerle atentamente, la independencia de la América española fué, más que un fin en sí, un medio; un medio de que surgiera "un nuevo mundo republicano" (I, 1). Llega a decir que "la idea innata de la República democrática estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y de cada uno" (XII, 5), y hay que leer sus atinadísimos juicios sobre los monarquizantes, más o menos vergonzosos, que había por entonces en esas tierras. El historiador Mitre fué un gran patriota de su patria, la República Argentina, porque fué un gran republicano—como aquí lo fuera Castelar,—pero también por eso fué un genuino y castizo español de la máxima España espiritual, de la vieja cepa popular y liberal, a la que nada ha conseguido ahogar. "Un rey absoluto, y por lo común imbécil, era el único punto de contacto, más bien que de unión, entre el mundo explotado y la Nación explotadora" (I, 11). ¡¡¡Pero no! la Nación española no explotaba nada, sino que era a su vez explotada por el patrimonio dinástico.

Y Mitre supo descubrir por debajo de esa dura costra del despotismo dinástico el alma misma del pueblo español, el "individualismo ibérico". "Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su cargo de servidumbres seculares, se transportase a otro continente vacante, y entregado a su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida" (I, 3). "Así vemos que la colonización hispano-americana desde sus orígenes entrañaba el principio del individualismo y el instinto de la independencia", etc. (I, 8). "Los colonos españoles... trajeron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad" (I, 14). Mitre vio muy claro que "la libertad republicana", que en la América del Sur se desembarazó del yugo del despotismo dinástico de los Bor-

bones asentados en España, era una libertad castizamente española e hija del individualismo ibérico.

Sólo que este individualismo aquí, en la vieja España patrimonial, dió ya desde tiempo de los Austrias, de los Habsburgos, el pesimismo quijotesco. Porque la filosofía quijotesca es fundamentalmente pesimista. Y esto lo sintió el mismo Mitre, republicano y optimista, al encontrarse ante la figura tan quijotesca de Simón Bolívar y tener que encararla. Mitre, el gran optimista—recuérdese su discurso a la manifestación popular el 26 de junio de 1901, cuando cumplió sus 80 años,—vió la tragedia del destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América Meridional (v. el Epilogo, cap. LI, 2). Y hasta una vez, al contarnos cómo San Martín "era presa del hastío de la vida" antes de cumplir los 40 años, nos dice cómo ello "marca el más alto nivel del hombre moral" (XVI, 11). Pero es que San Martín, educado en la España de los Borbones, bajo el despotismo dinástico, respiraba, como Bolívar, la tradición del pesimismo quijotesco español, mientras que Mitre, nacido y criado en el seno de un pueblo emancipado ya, pudo a sus ochenta años pronunciar aquella frase religiosísima de: "estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos", frase que no podemos hacer nuestra, porque nosotros, los españoles de aquí, los arraigados en el viejo solar de la casta, en los páramos de Don Quijote, no vivimos en paz con nosotros mismos. Acaso habríamos alcanzado esa paz con nosotros mismos si la obra de la emancipación se hubiera aquí cumplido como se cumplió ahí.

Mucho más podríamos decir a este respecto del quijotismo, pero tenemos que cerrar estas impresiones. Ahora que hay quien habla aquí de reconquistar (!!!) la América de lengua española, y lo dice en nombre del viejo espíritu de que ella se emancipó, y cuando la Nación española no se ha reconquistado todavía a sí misma, conviene contemplar en qué consistió la profunda españolidad, liberal y republicana y democrática, del gran patricio argentino y honra perenne de las comunes letras españolas y del pensamiento ibérico, don Bartolomé Mitre y Martínez.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, mayo de 1921.

